

Visiones del futuro: el pasado lejano, el ayer, el hoy y el mañana*

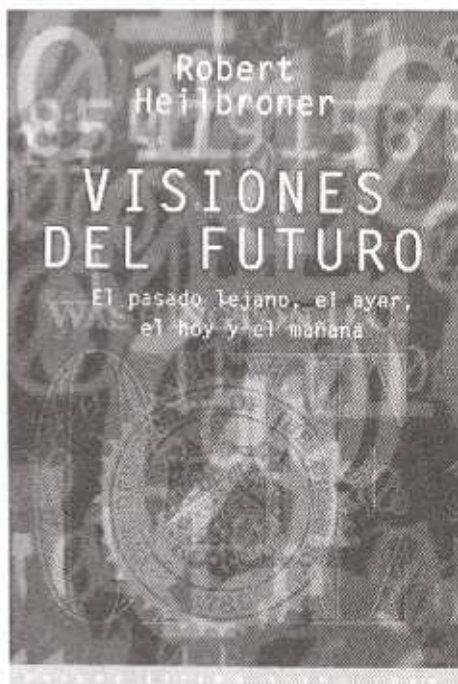
Robert Heilbroner¹

El concepto científico de tiempo tiene incontestablemente atributos que pueden ser descritos independientemente de la vida, pero la necesidad de construir la idea de un "futuro" carecería de significado sin la asunción tácita de que la humanidad estará aquí para habitarlo. (p. 30)

Calificado por la crítica como un ensayo que conjuga el profundo conocimiento de la ciencia económica con un estilo literario sencillo y ameno, el autor hilvana, desde un enfoque histórico, la percepción que el hombre ha experimentado con respecto a su futuro. A través de esta obra de largo alcance —ciento cincuenta mil años en el pasado, desde los inicios arqueológicos y la aparición del *Homo Sapiens*, hasta quién sabe cuántos miles en el futuro—, Heilbroner se propone reflexionar sobre "el estado de las expectativas en relación con las perspectivas para la vida de este

* Robert Heilbroner, *Visiones del futuro: el pasado lejano, el ayer, el hoy y el mañana*, trad. de Fernando Pardo Gella, Barcelona, Paidós, 1996, 142 p. Título original: *Visions of the future. The Distant Past, Yesterday, Today, and Tomorrow*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.

¹ Economista de profesión, Heilbroner da forma a la obra en cuestión después de dictar tres conferencias como invitado de la Biblioteca Pública de Nueva York y la Oxford University Press. Es profesor emérito de la New School for Social Research y ha sido galardonado con el título de "Scholar of the Year" por el New York Council of the Humanities. Entre sus obras sobresalen *The Worldly Philosophers*, *An Inquiry into the Human Prospect*, *Twenty-First Century Capitalism*, *Entre capitalismo y socialismo*, *Los límites del capitalismo americano*, y *Naturaleza y lógica del capital*.



lado de la muerte" (pp. 31, 15). La premisa central de la obra consiste en establecer que la lectura posible de las visiones de futuro parte precisamente de un criterio de temporalidad, que el autor establece bajo las denominaciones de "el pasado lejano", "el ayer" y "el hoy", que incluye, en estado embrionario, las expectativas para "el mañana" (p. 16). La clasificación anterior, a la que antecede un preámbulo, sirve para dar cuerpo al capitulado. La obra concluye con un índice analítico.

La angustia existencial característica del estadio terrenal, la esperanza de una vida abundante de compensación y riqueza espiritual después de la muerte y la promesa del arribo al paraíso mítico o bien una breve estancia en el lago Aquerustano hasta llegar al irremediable abandono en el Tártaro, hasta el fin de los tiempos, son algunas de las características que dan perfil al estado de ánimo prevalente en el hombre, y más específicamente sobre las interrogantes que éste se ha planteado en perspectiva (p. 45). La necesidad psicológica de contar con un referente que diera soporte a la mirada del hombre hacia el futuro, aunada a la búsqueda de consuelo ante el fin inevitable de los miembros de una colectividad —su muerte—, constituye el binomio en el que el autor ubica la extensa literatura producida sobre el tema. En términos más disciplinares, este binomio aparece conformado por el desarrollo, tanto de un orden económico como filosófico. Son tres los elementos unificadores que permiten darle seguimiento a esta obra: el sentido religioso, suplantado por el racionalismo y la idea de progreso que aparecen con el desarrollo tecnológico y el advenimiento de la ciencia; la aparición de una dinámica en la vida económica, que a la postre significó la instalación del capitalismo como sistema predominante; y una conciencia política emergente que se cristaliza en los movimientos de masas (pp. 16-24).

El período denominado como "pasado lejano", comprende una duración que va de los 100 mil años pasados a los 200-300 años d.n.e. Se resalta aquí el sentido de inmediatez histórica a partir de la certeza de que los hombres de la época anticiparon algún tipo de vida tras la muerte, o si se prefiere, una vida después de la vida. Tal se refleja en los planteamientos sobre las creencias mágico-primitivas de nuestro antecesor prehistórico. A éstas le siguen las versiones diversas sobre la inmortalidad y el renacimiento —de corte mitológico—, para arribar, finalmente, a la conformación de un sistema de creencias religioso-filosóficas que imprimen ya las características de una sociedad de tipo posthistórico. En ese punto, la actitud frente al futuro adquiere la forma de la culpa y hace al individuo responsable de su propia salvación, a riesgo de perder el paraíso como castigo, debido al relajamiento de sus creencias (pp. 31, 47). En el ámbito de lo económico, la diferencia entre un estadio de tipo pre y posthistórico se identifica por la transformación de una organización tribal, cuya población, más bien escasa, se distribuye en extensos territorios y subsiste de la abundancia de piezas de caza, la recolección, y un principio de derechos de orden comunitario. La economía estacionaria impide toda idea, tanto de futuro como de la posibilidad de mejorar el orden material; a partir de ese estadio surgen las primeras naciones-Estado, paso previo por el período de los grandes imperios. Las naciones-Estado se originan, entre otras cosas, debido a una agricultura sedentaria; a la acción del hombre sobre los recursos naturales, con énfasis en los hidráulicos; a los excedentes de recursos no perecederos; y al surgimiento de la propiedad privada. Dichas condiciones sirven para

sentar las bases de un comercio incipiente, que surge por el aumento global en la cantidad y calidad de la producción: ampliación de la frontera de posibilidades de producción (pp. 33-37).

El desarrollo de las grandes civilizaciones, que da lugar a nuevas formas de organización política, tiene las características de un empuje expansionista, un tejido social basado en lealtades y obediencia que llega a trascender los lazos de parentesco, ampliación de las fronteras políticas y una estratificación social marcada (p. 37). Con una riqueza acumulada en la cúspide de los grandes reinos y una pobreza diseminada y atomizada en la base, se entiende a la sociedad posthistórica sometida a la presión de su adaptación forzosa a las fronteras de una vida organizada –enjaulamiento de sus miembros individuales– (p. 38). Verticalidad, exclusión, pobreza y resignación definen las condiciones de vida de un cuarto a un tercio de la población que habita el mundo en condiciones de desventaja total, y termina por gestar, en su seno interno, las bases de un sector de desposeídos y marginados que llegaría a manifestarse como inconforme, es el proletariado interno (p. 40).

En el capítulo de “el ayer”, Heilbroner nos ubica, a partir del año de 1750, en el periodo en el que el impacto social de las aportaciones que tuvieron en los Tiempos Modernos, tanto los trabajos de Galileo (1564-1642), como los de Newton (1642-1727), que dieron forma al carácter acumulativo del conocimiento, sintetizando, desde la revolución copernicana, (1473-1543), tres siglos en su derrotero. En este sentido, resalta el hecho de que para la mentalidad de la época, una revolución de esta naturaleza se orientó más a las implicaciones teológicas que a sus aplicaciones en la industria; mientras que el grueso de sus adeptos se centró en los impactos de orden político y social, por sobre el espíritu de religiosidad.

Contraria a la inercia conservadora propia del pasado lejano, que sigue impactando a extensas regiones (Asia, Africa, Centro y Sudamérica), el mundo occidental –apuntalado en la idea de progreso– se encuentra bajo el torbellino de un impulso vertiginoso que termina por crear horizontes inimaginables en el orden social (p. 53). La observación, la experimentación y la comprensión constituyen los métodos que introduce la ciencia para sustituir, paulatinamente, la credibilidad ciega de la época, basada en la invocación a Dios y la inspiración divina, arrancándoles a estas la posesión exclusiva de la infalibilidad (p. 61).

El dominio del hombre sobre las fuerzas de la Naturaleza y la acción colectiva sobre sus recursos, a partir de un conocimiento de corte abstracto que resulta en la creación de instrumentos innovadores (rueda, locomotora y otras herramientas), contribuyen al surgimiento de grandes expectativas materiales en las visiones futuras de “el ayer”. El mejoramiento de los medios de transporte (carretas, trineos, máquina de vapor, ferrocarril, aviación), de los espacios cada vez más humanizados, de las factorías, así como los avances en la medicina, la química y la óptica, pero sobre todo en la electricidad (la palanca de los ricos), contribuyen a crear un ambiente de optimismo (p. 56). La unión entre técnica empírica y el conocimiento sistematizado del saber científico, a lo que se sumó el sentido de lo maravilloso del progreso en las mentes de la época,² terminó por dar impulso a una diná-

2. Para este momento el significado imperante del progreso hizo suponer que si “el presente es de algún

mica económica que, para finales del siglo XIX, significó la instalación del capitalismo como sistema dominante. La institucionalización de la economía³ a través del libre mercado, la acumulación de capital como preocupación central de una clase mercantil capitalista —la burguesía—, y el surgimiento de una esfera privada generadora del recurso monetario, en contraposición a la esfera de lo público propia del Estado, contribuyen a conferirle su estatus científico (p. 63).

En la arena de lo político resalta como característica de una sociedad estratificada, el carácter ambivalente pero complementario entre el poder de los gobernantes y la necesidad de obedecer de los gobernados, como inherente a la naturaleza humana. De esta suerte, el ejercicio de la fuerza, legitimado por la fascinación conferida a la persona que simboliza o detenta el poder, se convierte en la clave de la desigualdad. Por otro lado, el autor nos guía por los caminos de un ejercicio paulatinamente democratizador —propio de los estados occidentales—, como por la aparición de las tendencias de orden socialista, que con la caída del Bloque Soviético terminan por representar versiones de una voluntad política de extracción popular. El periodo de "el ayer" cierra en un momento situado entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el derrumbe del Bloque Soviético (1950-1980).

Esperanza y orden, pero también desigualdad y atomización, contenidos en el concepto de progreso, imprimen el carácter a las visiones de futuro de "el ayer". Tras la mentalidad de progreso, típica de la modernidad naciente del ayer, el hombre se encuentra en el capítulo de "el hoy" —de frente y con las manos atadas—, ante la experiencia de sus contradicciones. En el ámbito del desarrollo tecnológico y científico, el sabor del orden y la esperanza es sustituido por la sensación de traición y decadencia moral. Por otra parte, la álgida tensión por ganar espacios de poder entre los países industrializados y sobre aquéllos de la periferia, la devastación de grandes extensiones y sus recursos naturales, con inminentes riesgos ambientales y el peligro latente de posibles respuestas nucleares, sumados a la sustitución del medio natural de procreación de las especies mediante técnicas de clonación genética y el modelo químico de la personalidad, son algunas de las características que señala el autor para resaltar un panorama cuyos efectos contradictorios constituyen, en la realidad cotidiana, el alejamiento de una calidad de vida en el orden social. En un periodo que acaso rebasa las últimas dos décadas, el desarrollo científico-tecnológico ha perdido la cualidad de infalibilidad robada a la religión, aunque tampoco ésta logra recuperarla. Por esa razón, y en nombre de la defensa de su propia identidad, el hombre se refugia en prácticas extremas de rabioso fanatismo.

La acumulación de la riqueza propia del sistema capitalista se ve apenas cuestionada cuando tras la Segunda Guerra Mundial, el socialismo soviético emerge como alternativa tanto en el campo de la política como en el desarrollo industrial. Sin embargo, tras el desmantelamiento de éste, en la década de los años 80, quedan al descubierto sus contradicciones internas. Por otro lado, la caída de la producción nacional y el desempleo, la

modo superior al pasado [...] por extensión, el futuro sería superior al presente" (p. 55).

³ Para este momento, se entiende a la economía "como una forma de investigación ausente en el pasado lejano [...] un intento de comprender el modo en que las sociedades manejan sus recursos materiales, de modo similar a la manera en que el hombre ha buscado desde hace tiempo comprender las revoluciones de los planetas, las fases de la luna y los eclipses de sol" (p. 62).

pérdida del poder adquisitivo, el empobrecimiento extremo de alcance masivo, y la acumulación de riqueza y poder en pocas manos, evidencian la inestabilidad del sistema capitalista, hoy fuente de incertidumbre y ansiedad (p. 94). El "hoy", presenta en su panorama el surgimiento de los procesos de globalización e internacionalización, la interpenetración de mercados y la creación de organismos multinacionales en el concierto de la producción y la distribución económica, orquestado sobre un soporte técnico constituido por los medios de comunicación, transporte con gran desempeño y la informática (p. 98).

En un mundo organizado en estados nacionales y dividido en países de pobreza extrema y acumulación excesiva, pareciera que la dinámica económica guía a la humanidad, sin tener capacidad para definir ni su rumbo, ni su punto de llegada. Para Heilbroner la piedra de toque en un mundo tecnologizado, capitalista y democrático, está constituida por el concepto de voluntad política llevado a la práctica. Lo anterior implica el reforzamiento de una tendencia descalificadora de las prácticas de corrupción que han llevado a la descomposición de un orden que, aunque estratificado, ha caído en la polarización extrema de los grupos que lo conforman. Dicha tendencia liberadora se ve reforzada en Occidente, por la incorporación de metas políticas, que incluyen la ampliación de los derechos en el ámbito de la vida civil, de la población femenina, de la libertad de expresión y de la sexualidad, entre otros. Aprehensión, malestar e incertidumbre, pero también expectativas, pudieran ser los conceptos que definen el talante del "hoy" en su tránsito hacia el mañana.

En el último capítulo, titulado "el mañana", el autor propone reflexionar en torno a lo *imaginable* como vía para eludir los efectos devastadores del progreso. En este sentido, se asigna a la comunidad científica, tanto como a los gobiernos, la tarea de ejercer, mediante el autocontrol y la normatividad, una supervisión eficaz o una prohibición tajante, como freno a las tendencias destructivas generadas en y contra el orden social, a fin de anclar a las fuerzas del hoy en vistas de un "mañana" posible.

El campo de la ciencia y la tecnología se percibe bajo expectativas inquietantes, pues su aplicación en la industria en general, con creciente orientación a la fuerza atómica, sitúa a la humanidad ante el riesgo de un derrumbe total, la posibilidad de la existencia misma. Tal perspectiva plantea la necesidad de desarrollar capacidades para establecer sistemas de autocontrol y normatividad, mediante una supervisión de orden técnico y ético: o bien, prohibiciones tajantes encabezadas por la comunidad científica y los gobiernos, dado su grado de conciencia sobre la naturaleza contradictoria de sus impactos. Además, en tanto que las expectativas en la calidad de vida son cada vez más una interrogante que requiere respuestas apremiantes, los riesgos ambientales crecen en nombre de la comodidad, la productividad y la acumulación.

La hipótesis sostenida por el autor consiste en señalar la persistencia de las tres fuerzas que desde los albores del periodo posthistórico del pasado lejano, han aportado el contenido a las ideas de futuro. Es decir, la superposición de la religión con la ciencia y la tecnología; el predominio de las condiciones del capitalismo—sin desconocer su vocación de cambio—; y la participación amplia de las masas en la vida política.

El planteamiento sobre las expectativas de "el mañana", en términos de crecimiento económico, se ve acotado entre uno de tipo transformacional (espectacular) y otro de tipo

normal, cada uno de los cuales lleva aparejadas consecuencias riesgosas a la hora de satisfacer requisitos de orden social, por ejemplo la posibilidad de crear suficientes fuentes de empleo y satisfactores básicos, en un mundo globalizado, de alta tecnología y en constante crecimiento demográfico.

En el renglón de las tendencias políticas, cuyo espíritu de liberación y autodeterminación ha perdido su inocencia inicial, se asigna a la voluntad de las masas un papel protagonista, cuyo núcleo de atención consiste en el reforzamiento de acciones liberadoras, por ejemplo, acortar la brecha entre las naciones ricas y pobres; subsanar la distancia entre los grupos ricos y poderosos y los marginados y desposeídos; dar atención especial a las tensiones y dislunciones, con la exigencia de reorientar dichas acciones a la búsqueda de un equilibrio más sano en la distribución de riquezas y beneficios, a fin de crear las condiciones que delinearán el perfil y el contenido de las cosas que están por llegar (p. 125).

Quedan como corolario de la obra tres proposiciones: el compromiso de la humanidad de devolver a la Tierra las condiciones de seguridad para la vida; la necesidad de proponer y aplicar mecanismos incluyentes que permitan la preservación comunitaria del ser social, frente a sus tendencias bélicas; y una toma de conciencia de las atracciones ocultas, por un lado del poder, por el otro de la sumisión (la doble faz de Jano), que lleve a crear las condiciones de respeto por la naturaleza humana, mediante el acceso a la cultura y la educación obligatoria. Lo anterior, con el propósito de crear escenarios posibles en términos de un futuro lejano (pp. 132-135). Interdependencia y corresponsabilidad, incluídas en la idea de potencialidad, que imprimen su sello a una sociedad mundial, sorprendida y en espera de un "mañana".

En una obra soportada por una amplia bibliografía de prestigiados científicos de diversas disciplinas, Robert Heilbroner nos da las bases para reflexionar sobre las complicaciones recurrentes, pero no estáticas y de las posibilidades del hombre de cara al futuro. En un vuelo que él mismo califica como "estratosférico" —por la amplitud y las implicaciones del período analizado—, el hilo conductor consiste en guiarse a partir del concepto de "tendencias", mismo que hace posible integrar el panorama complejo y contradictorio por el que la Humanidad ha transitado en sus búsquedas hacia un "mejor futuro".

Queda a criterio del lector la valoración más detallada de tal propuesta.

Reseña de Alicia Velázquez O.